

Socialización de la riqueza social, derecho y deber de trabajo para todos, he ahí el primer paso hacia una nueva vida

Lineamientos de conducta revolucionaria

Saber lo que se quiere. Era posible hasta aquí prescindir un tanto de la concreción de nuestros objetivos, en primer lugar porque el momento de la crítica demolidora, del proselitismo. Nos creamos llegados a una etapa en que la mera crítica al orden actual no es fecunda y en que la mayoría de nuestras ideas, objeciones, resistencias, han entrado en vastas esferas de acción y de propaganda — por ejemplo, nuestra posición ante la propiedad privada, nuestra crítica al sistema parlamentario se repiten ya hasta por los más recalcitrantes de los adversarios del progreso —. Y presentamos también que la época en que nos ha tocado vivir y actuar es época de realizaciones, de aplicaciones prácticas. El mundo se mantiene en un equilibrio inestable; lo único seguro es que no quedarán las cosas tal como las hemos heredado de nuestros mayores y que la sociedad y sus instituciones han de experimentar cambios más o menos trascendentes. El que se hagan esos cambios en el sentido de la libertad o se hagan en el sentido de una mayor esclavización individual y social, depende de las fuerzas en juego, de la claridad, el vigor, la capacidad, la técnica que cada una de ellas ponga al servicio de sus ideas, sentimientos y aspiraciones.

Para cumplir más acertadamente con el cometido histórico que nos incumba, ya no es en la crítica a las viejas instituciones del privilegio y de la opresión en lo que hemos de sobresalir, como hasta aquí, sino en la claridad de nuestro método, en la concreción de nuestros deseos, en el señalamiento del camino a seguir.

En una palabra, si hasta aquí hemos primado al afirmar lo que no queremos, en adelante nuestro triunfo está en la afirmación de lo que queremos y cómo lo queremos. Es posible que no podamos llegar en ese terreno a la grandilocuencia a que se ha llegado en el aspecto crítico, negador del orden imperante. Se advertirá la distancia entre lo que soñábamos y lo que somos capaces de hacer, ahora mismo, con los hombres tales como son y no como deseáramos que fueran. Pero la misión es esa: hacer, y para hacer es preciso, en primer lugar, saber lo que se quiere, cómo ha de hacerse y con qué medios.

Propaganda por la conducta Tampoco hemos de olvidar un solo instante la ríbrica de nuestra conducta consecuente, responsable, en toda la actuación individual y colectiva, como individuo o como corriente social. No siempre penetran las ideas de una corriente social en las grandes masas a través de los libros, de los periódicos, de las meditaciones; entran sobre todo y más comúnmente por la conducta de los individuos que las propagan y las sostienen. Y el secreto de la mayoría de los triunfos proselitistas está más en el hombre que en sus declaraciones o declamaciones. Se intuye lo que uno lleva dentro por lo que declara en la conducta cotidiana. No lo olvidemos. De nuestro comportamiento en la fábrica o en el taller, en el lugar de trabajo, en el círculo de las relaciones personales, en todas partes donde hemos de entrar en contacto con otros individuos y otras ideas, en el respeto y la simpatía que logremos suscitar hacia nosotros está el respeto y la simpatía hacia nuestra causa. Hemos de inspirar confianza, hemos de producir simpatías en cuantos nos tratan, en cuantos se nos acercan. Y para ello hemos de cuidar la conducta, ser siempre rectos, siempre sinceros, siempre solidarios. Las gentes deben sentir inclinación y cariño a nuestras ideas a través de los hombres que las propagan.

De ahí que la propaganda por la conducta sea la más importante y esencial. Pueden desaparecer nuestros periódicos y revistas, nuestros libros; mientras quede en pie un solo compañero, ha de haber en él un puntal indestructible de la anarquía y de la revolución, no por las vociferaciones solemnes, sino por su actuación humana, por la moral de su vida, por el espíritu de sacrificio y la abnegación y el amor a los semejantes que han de irradiar de cada uno de sus pasos.

Contacto con el pueblo Y no basta la claridad de conceptos constructivos, realizadores; no basta la conducta intachable de cada propagandista; hace falta también quedar en contacto con el pueblo, con las grandes masas y rehuir todo lo que sea encerramiento, capilla o iglesia. La salud moral y la fortaleza de nuestras ideas no se resiente en contacto con la vida, sino en los inverosímiles artificiosos creados muchas veces por el aislamiento voluntario y soberbio.

Contra esa tendencia a retirarse a las torrecitas de marfil de la Peña de amigos, del grupo íntimo, del sindicato propio, hay que alentar la corriente que desborda todos los límites y llega al pueblo por mil caminos, para sembrar en él a manos llenas la buena semilla, atraer a los descarriados, señalar la ruta a los que la buscan, sacudir a los que se adormecen, alentar a los que se fatigan y se tuercen.

Distanciarse del pueblo en nombre de supuestas purezas a conservar, es crear iglesias. El vigor de nuestro movimiento no viene de arriba, sino que surge de abajo; su savia está en la batalla cotidiana del músculo y del pensamiento, en la calle a donde sea. En eso nos diferenciamos de todos los partidos políticos y de todas las confesiones religiosas. ¡Por consiguiente, siempre con el pueblo, siempre entre el pueblo!

Acción propia y estímulo a la acción ajena No nos importa la propiedad de cada paso progresivo que den los individuos y las colectividades. Se nos atribuya o se nos escamotee, lo que nos interesa es el avance, el progreso material, moral e intelectual. Libramos algunas batallas decisivas como fuerza organizada; en ella unas veces hemos triunfado, otras salimos descalabrados para las cárceles y los presidios. Y nuestro historial colectivo está lleno de gestas, desde hace tres cuartos de siglo. Ningún partido, ninguna organización, ningún movimiento social pueden exhibir, como el nuestro, una trayectoria de lucha tan interesante. Pero hay algo más: nuestras conquistas no han de medirse solamente por la acción, la propaganda, la lucha entablada contra el enemigo en tanto que movimiento. Hay una acción de influenciamiento general que no es menos pródiga en resultados finales y que podríamos reivindicar como fruto de nuestra obra. No hay que contar sólo lo que hemos hecho, sino lo que hemos incitado a hacer a los demás. La significación de nuestra existencia colectiva en la historia de España es incalculable. Si a pesar de todos los traspies, se ha seguido adelante la fe en el progreso, si se ha avanzado algo, aunque poco, nuestra parte en esa obra ha sido siempre considerable. ¡Aunque no siempre vaya sellada con el cruce de las propias organizaciones!

Desde hace tres cuartos de siglo hemos predicado, con la palabra y el ejemplo, la táctica insurreccional de la clase obrera en oposición a la esterilidad del parlamentarismo. La prédica no ha sido del todo inútil. La socialdemocracia española, que combatió siempre como al enemigo mayor esa táctica, vacila en sus viejas posiciones; el movimiento de octubre es ensalzado calurosamente por ella. ¿No se advierte en eso una gran victoria nuestra? Cualesquiera que sea la actitud de sus jefes, los obreros socialistas tienen fe en la insurrección proletaria y no lo fían ya todo, como hasta aquí, a las decisiones del Parlamento.

Sin contar lo que nuestras ideas han influenciado la vida intelectual y la vida política en general.

Superarse Se ha hecho mucho, hubo sacrificios, heroísmos, abnegaciones, esfuerzos. No tenemos que negar de nuestro pasado; al contrario, en él encontramos motivos de aliento, de esperanza, de afirmación, de orgullo. Esto no quiere decir que hemos de dormir en los laureles. No, hemos de superarnos todos los días, aprender todos los días algo nuevo, ser cada vez mejores, prepararnos cada vez más eficazmente. El estancamiento sería la derrota. Lo que se hizo ayer puede servirnos de mucho, pero no para cortar el vuelo a todo desenvolvimiento ulterior. Si hicieron bien nuestros precusores, nosotros hemos de superarnos. Si es mucho lo que pueden enseñarnos los que nos precedieron, es mucho más lo que hemos de aprender nosotros mismos de la propia experiencia y de la realidad.

Esto quiere decir que no hemos de detenernos en ningún dogmatismo, en ninguna verdad acabada. De año en año, de día en día hemos de poner nuestras ideas y constataciones en la balanza, pasarlas por el tamiz de la crítica, comprobar su bondad en la piedra de toque de los hechos prácticos. En esa circulación permanente, de acciones y de reacciones, se ratifican o se rectifican las ideas y recobran así vitalidad y juventud. Desconfianza de los

que creen en todos los aspectos y en todos los instantes. Son muertos que caminan, hombres al agua; sacerdotes de un credo, no animadores y creadores.

Organización, cohesión Aunque la vida revolucionaria ha de desbordar los límites de todas las organizaciones, de todos los grupos, todas las barreras, rebelarse contra todas las corripias, trazar su propia ruta y aprovechar todas las contingencias para afirmarse y expandirse, pues en esa afirmación y en esa expansión está su triunfo, no por eso es menos necesaria, menos eficiente, menos ineludible la cohesión, la organización, la mancomunidad de las fuerzas afines. Tenemos para ese fin una C. N. T., una F. A. I., unas Juventudes Libertarias, Atenos y Bibliotecas, etcétera. Caben todas las iniciativas, todas las modalidades de propaganda y de acción, pero el conjunto debe sentir el tacto de todos, la solidaridad, el apoyo mutuo. No importa cual sea la línea de propaganda o de acción elegida; es y debe ser un rodaje del todo, responder a una necesidad y a una exigencia del conjunto. Cada individuo ha de sentirse ligado por mil hilos de organización, de afinidad, de solidaridad con el movimiento entero.

Todos los esfuerzos nobles, sanos, que tienden a la salud y a la prosperidad del movimiento son bienvenidos. Hasta los franco-tiradores forman en nuestras filas, aunque lo hagan sin carnet ni control alguno de organización. Los que no forman en nuestras filas, aunque lleven el carnet al día, son los que miran hacia la propia personalidad, los que en lugar de servir a una causa quieren servirse sólo a sí mismos, los que no ajustan su conducta a las ideas, los que se inspiran en ambiciones bastardas. Esos rompen la armonía del conjunto, de ese conjunto grandioso de esfuerzos y de voluntades que resulta de la aspiración común, de la comprensión, del anhelo de libertad y de justicia, de la rebelión permanente contra el mal y la mentira.

DISCIPLINA

La sola enunciación de la palabra «disciplina» asusta, rebela e indigna a la mayoría de los que se hallan en un ambiente libertario. Es un craso error, lamentable por cierto tratándose de nuestros medios, el desear tan dogmática y sistemáticamente el concepto de la disciplina, argumentando en su contra la tesis tan equívoca de que todo anarquista debe ser indisciplinado por ser la libertad incompatible con la disciplina.

Existen en la sociedad dos clases de disciplina: la colectiva y la individual. Desde el punto de vista ácrata, la disciplina colectiva somete a los individuos mecanizándolos y coaccionando el desarrollo de sus facultades mentales. Cada individuo posee una idiosincrasia y una personalidad diferente al resto de los demás individuos; de ahí la necesidad de que cada uno siga los derroteros que su personalidad le marque. Y la disciplina colectiva, lejos de favorecer ese desarrollo, de hacer asequibles al hombre todos los senderos que éste ansía emprender inspirado en el deseo de perfección humana, le coacciona, le somete, le castiga si se rebela y le impone unas leyes invariables e inhumanas que deben ser acatadas con el máximo rigor. Dicho en términos más concretos: la expresión máxima de la disciplina colectiva es la que encarna el fascismo.

La razón, la lógica y tan sólo el sentido común repudian esa clase de disciplina que retrasa el desarrollo intelectual de la Humanidad en provecho del Capitalismo que vive a costa de la ignorancia de los pueblos.

Pero, si bien es cierto que existe una disciplina colectiva digna de ser odiada y destruida, incapaz de ser albergada en la mente de un individuo equilibrado, amante de la libertad y ansioso de perfección, no es menos cierto que hay también una disciplina individual que en mayor o menor grado rige los actos del hombre según sea su desarrollo cultural, correspondiendo a mayor cultura más intensa disciplina individual.

Este hecho tiene una explicación sencilla. Un ser inconsciente, de inteligencia atrofiada, da libre curso al impulso de sus pasiones más o menos perversas, producto de las herencias patológicas de la humanidad; su disciplina individual es nula, puesto que para él la razón y la lógica son vagos conceptos que pueden presentarse a su mente, y a veces no se presentan, bajo la apariencia del remordimiento o del arrepentimiento, que generalmente vuelven a ser dominados por las pasiones, cuando éstas necesitan otra vez manifestarse.

Mientras que un individuo consciente que, aspirando a una moral humana, actúa de acuerdo con dicha moral, tiene la suficiente voluntad (yo diría disciplina individual) para detener la acometividad e impulsos de sus pasiones, de sus vicios, en fin, de sus herencias psicopatológicas y encanalarlas, o destruirlas si es preciso, por el sendero que le marque la práctica de su moral. Y todo ello gracias a la disciplina individual que se ha impuesto para dominar su voluntad. Sin esa imposición, los caballos indómitos de las pasiones habríanse desenfrenado, emprendido veloz carrera y desbocado, destru-

yendo la personalidad, embotando el cerebro, produciendo una confusión caótica en su espíritu y dando como resultado la anulación de los valores positivos que el individuo posee, que cansado ya de la lucha espiritual que mina su organismo profundamente, abandónase a i mismo tornándose insensible e indiferente a la corriente emancipadora de los que, conscientes de su objetivo, luchan en pro de una Humanidad humana y perfecta.

El predominio de la razón sobre la pasión; el equilibrio del espíritu y de la materia; la armonía de todo el organismo físico y psíquico; el desarrollo de la inteligencia; el recto proceder de acuerdo con la moral humana; el amplio concepto de los deberes sociales; el conocimiento de nuestro mundo interior; el dominio de sí mismo y tantas otras manifestaciones que dependen del exclusivo dominio de la voluntad no pueden obtenerse más que imponiéndose por autodeterminación una disciplina individual.

BORIS

CINCUENTA AÑOS DE LUCHA

Primero de Mayo

Es el primero de mayo de 1886 cuando, por primera vez, los trabajadores de Chicago proclamaron la huelga general en favor de la jornada de trabajo de ocho horas.

Cincuenta años han pasado desde entonces. La huelga general, gesto todavía simbólico en ese período en que la organización de la clase obrera en sus sindicatos hacía su aprendizaje, desde entonces ha hecho su camino, a pesar de la oposición feroz e hipócrita de los partidos políticos que se reclaman del proletariado.

Es, por otra parte, gracias a esa actitud del socialismo internacional que la táctica de la huelga general no estaba generalmente limitada más que a los grupos anarquistas y al movimiento obrero revolucionario, todavía en sus comienzos.

Recordemos que es gracias a la socialdemocracia alemana — la más poderosa de todos los partidos socialistas — que la frase «huelga general» locura general se convirtió en consigna cínica entre los socialistas estatistas y los partidarios de la táctica parlamentaria.

Sin embargo, con el crecimiento rápido de las organizaciones revolucionarias de la clase obrera, con el desarrollo del anarco-sindicalismo anti-estatal, la táctica de la huelga general adquirió cada vez más cuerpo. Se veía incluso a los partidos políticos aceptar cada vez más las modalidades de la huelga general... con fines políticos, es verdad.

La lucha entre la clase obrera de un lado y la clase capitalista y el Estado del otro, se volvía más áspera y más cerrada. Paralelamente, la reivindicación de la jornada de ocho horas caía en último término en vista de reivindicaciones más profundas y más radicales.

La jornada del primero de mayo se convertía así en el punto de convergencia de las aspiraciones revolucionarias, no por una reivindicación parcial, sino en favor de una reorganización cardinal de la vida social actual por una lucha metódica, pero sin tregua, contra la explotación económica, la opresión política y la desigualdad social.

En esa lucha por la transformación total del régimen actual, los sindicatos revolucionarios han continuado propagando, en primera línea, la táctica preconizada desde 1886: la de la huelga general.

Pero ante la situación cada vez más crítica en el mundo entero por las guerras imperialistas y la marcha victoriosa del fascismo, nuestra táctica revolucionaria nos impone no sólo la rebuseca de soluciones cardinales al problema entero de la transformación social, sino también la aplicación de métodos de lucha gracias a los cuales la acción rápida, maciza, eficaz del proletariado conseguirá romper el muro ya bamboleante del capitalismo y del Estado.

Esta acción rápida y eficaz no es posible más que si la huelga general, una vez desencadenada, toma inmediatamente un carácter expropiador por la posesión de las fábricas, de los campos y de los talleres, y por la destrucción simultánea de todos los rodajes opresivos del Estado.

La consigna, en este día en que conmemoramos el cincuenta aniversario del primero de mayo, debe pues ser: *lucha revolucionaria del proletariado contra el capitalismo y el Estado, y contra toda guerra, engendrada por éstos, por medio de la huelga general expropiadora. Destrucción del Estado. Abolición del sistema capitalista.*

La Asociación Internacional de los Trabajadores debe marcar hoy el punto en la historia del primero de mayo: la lucha dirigida por el proletariado ha superado las reivindicaciones parciales y los paliativos de la clase obrera. Esa lucha ha entrado en su fase decisiva: *Fascismo o revolución.*

El proletariado revolucionario organizado en el seno de la A. I. T., al proclamar su fe en el triunfo de la revolución social, proclama al mismo tiempo que contra todo peligro de guerra de parte de las clases dirigentes para ahogar en sangre las reivindicaciones sociales de la clase obrera, sólo la huelga general expropiadora podrá poner límite a la marcha de la reacción e inaugurar la revolución social emancipadora y reconstructiva.

¡Viva el primero de mayo, anunciador de la huelga general!

¡Viva la revolución social!

La Asociación Internacional de los Trabajadores

DIVAGACIONES ECONOMICO-SOCIALES

Paguémonos un presidente

Le han dado la patada al señor Alcalá Zamora; la expresión parece fuerte, grosera, pero la verdad carece de elegancia. La elegancia — compás de la moda o modo —, según nos cuenta France en «La isla de los Pingüinos», nació como un amasijo de vanidad y disfraz, o sea: mentira. A ese buen D. Niceto zarzuelero lo han largado, y, él, se ha ido con el gesto agrio y disgustado del jurguista al que echan de un cabaret por indeseable.

No ha sabido disimular su rabietá de viejo innecesario, de figurón usado que ha de ceder su puesto a un figurín más de moda. No obstante, el pobre viejo hizo lo que pudo: besó a niños bobos que no le interesaban y a quienes no conocía; charló y charló, en la academia, por radio, en el noticiario Fox, aquí, allá, donde le decían, donde hacía falta, donde no la había... en fin, cumplir su papel representativo y chisterudo, enfundado en su chaquet burgués, al aire sus rizos blancos de presidente «platino».

Dicen que lo hecho está bien hecho. A mí me da lo mismo. Me parecen divertidos estos afanes de renovación del escaparate presidencial. Como hombre moderno comprendo que España no estaba a tono con el Niceto de zarzuela, por lo mismo que el Niceto de zarzuela no estaba a tono con la España republicana. ¿No será llegada la ocasión en que España pueda ostentar un Presidente torero?

No, no hablo en broma. ¡Sería maravilloso, en esas presentaciones de credenciales con entorchados, cordones, bordados y hojalatas relucientes, un presidente con traje de luces! ¡Cómo se hablaría de España! ¡Cómo se fomentaría el turismo! Y, cuando hiciere falta parar y mandar, dar media chucuelina a la opinión pública, marcarse un farol, o

brindar un banquete, un toro o un empréstito, ¿quién mejor que un torero? En un torero hay garbo y estampa, admiración para los niños, sex-appeal para las mujeres, ejemplaridad heroica para los hombres, entusiasmo para la afición del ruedo ibérico. En los desfiles patrióticos, en vez de un hombrecillo insignificante, encurvado con una chistera de circunstancias y un chaquet de boda pretenciosa de hortera enriquecida, veríamos al superhombre deslumbrante de lentejuelas y recamados, saludando con la montera y en democárdicas zapatillas. ¡Ah! ¡Qué grandes podíamos ser!

Parece ser que todo está ya previsto. Se barajan nombres y cifras. Omitamos los nombres; sabemos que para adquirir nuestro presidente hay un millón seiscientos mil pesetas. Eso costará la elección. Yo opino, modestamente, que por tal suma tenemos derecho a pretender un presidente en buen uso y garantizado por cinco años.

Desde luego, tendremos un presidente barato. Algunas estrellas del cine cobran más. Por un futbolista se pagan sumas fabulosas. La elección de Miss Europa no podría conseguirse con ese millonaje — y no hablamos del pisco porque no nos viene de un pisco más o menos —. Por todo esto temo que nos endosen un presidente de tres al cuarto. ¿Es que el destino de España que de un rey de baraja nos llevó a un presidente de zarzuela, nos depara uno de sainete o comedia barata, alta comedia o comedia burda? Pero, ahora, hace falta un presidente de drama, algo así como un «régisseur» o «perverso» en una película de naufragio, y que se vaya a fondo con el barco, eso sí, con gesto de figura histórica.

Insisto en proponer un torero; tal

vez Belmonte. Todo, en él, parece coincidir con lo exigido para una tal magistratura de carón, como los toros de los niños. Belmonte es ampliamente conocido en el plano mundial; es rechazado menos de presidentes de república americana y de magnates de las finanzas; ha charlado con lóres e intelectuales de toda el mundo; ha publicado ya sus memorias y sabe sonreír como si la vida le pesase. Además, dicen que viene de abajo, que su vida fue dura... y que él no fué muy duro con los demás. Todo esto viste. En resumen: yo propongo a Belmonte por... torero, y si se persiste en el clásico presidente de chaquet, propongo a don Pedro Campón Polo, jefe del «Partido Etiético».

Sólo así podremos decir que, por una vez, hemos empleado bien un millón seiscientos mil pesetas.

BABY

SORIA

Con el nombre de «Juventud de Educación Libertaria» se ha constituido un grupo juvenil adherido a la F. I. J. L. Piden a aquellos grupos juveniles que puedan desprenderse de material de propaganda se lo envíen.

Habiéndose constituido un nuevo grupo en Soria de Juventudes Libertarias, desearía tener relación con todos los de la península y principalmente con el C. R. de J. L. L. del Centro.

Nuestra dirección la pueden pedir a «Actividad Juvenil», de este semanario.

TOTALAN

Con el nombre «Luz de Acracia» se ha constituido en Totalán (Málaga) un nuevo grupo libertario. Su especial propósito es la difusión de la cultura y divulgación de nuestros ideales.